

La fe perseverante:

El padre de la fe (tercera parte): La fe que alcanza la promesa

Hebreos 11:8-12

Introducción:

Prosiguiendo con su exposición sobre la fe perseverante, el autor de Hebreos, luego de mostrarnos a través del ejemplo de Abraham cómo la fe verdadera se caracteriza por obedecer al llamado de Dios, y la fe convierte en peregrino y extranjero al que antes era ciudadano del mundo, ahora, en los versos 11 y 12, el autor llama la atención sobre el maravilloso poder de la fe que es don de Dios, la cual se mantiene firme a pesar de tener que enfrentarse con muchas circunstancias desalentadoras, la cual persevera en medio de los obstáculos más formidables, y confía en Dios aunque algunas de sus promesas parezcan imposibles para la razón humana¹.

En estos dos versículos, aunque el autor continúa presentando a Abraham como ejemplo de verdadera fe, incluye a su esposa, Sara, para demostrar que la fe perseverante alcanza las promesas, porque ella (la fe), aunque pase por momentos de debilidad, se mantiene firme y persevera hasta el fin.

Una frágil mujer y un anciano, son ejemplos de fe verdadera, de esa fe que, aunque en un momento tambalea a causa de la incredulidad, cuando pone su mirada en la veracidad de las promesas divinas, toma fuerza y ve los frutos de la perseverancia. Estos dos ancianos nos muestran lo que es una fe intensamente práctica, una fe que no solamente eleva el alma al cielo sino que es capaz de obtener fuerza para el cuerpo, aquí en la tierra.

Vamos a meditar en estos versículos y encontraremos que la fe de la cual el autor habla, no es meramente una fe mental y teórica. Nos daremos cuenta que la fe de una buena parte de los que profesan ser cristianos es muy diferente a la fe perseverante que nos presenta Hebreos; tan diferente como lo es la oscuridad a la luz: una clase de fe se expresa profundamente en palabras, mientras que la otra, en hechos. Una clase de fe se quiebra

¹ En la exposición de estos dos pasajes voy a seguir, casi al pie de la letra, el comentario de Arthur Pink, tomado del inglés http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_062.htm

cuando se pone a prueba, mientras que la otra sobrevive a la exposición de toda clase de pruebas. Una clase de fe es inoperante e ineficaz, mientras que la otra es activa y poderosa. Una es improductiva y la otra produce muchos frutos para la gloria de Dios. La gran diferencia entre estas dos clases de fe es que la primera es humana y la segunda divina, una es natural y la otra, sobrenatural. Esto es lo que, cuando nuestras conciencias y corazones perciben su necesidad, es buscado a través de ferviente oración.

Este estudio en el libro de Hebreos tiene como fin el que analicemos el carácter de nuestra fe. Será de poca utilidad para nosotros si solo nos concentramos en escuchar los estudios, y entretenernos con la simple comprensión de los textos bíblicos, sino somos conducidos a un cuidadoso auto-examen. Es de poco beneficio conocer los grandes logros de la fe de los santos en el Antiguo Testamento sino nosotros no experimentamos vergüenza al ver nuestra calidad de fe, y si no somos llevados a llorar fervorosamente delante de Dios para que él obre en nosotros una “fe preciosa”. Al menos que este tema de la fe no produzca en nosotros aquellas obras que la naturaleza humana no puede producir por sí misma, al menos que nuestra fe no nos permita vencer al mundo (1 Jn. 5:4) y no triunfe sobre los deseos de la carne, entonces tenemos motivos para temer que nuestra fe no es “*la fe los escogidos de Dios*” (Tito 1:1). Entonces debemos llorar con David y exclamar: “*Examíname, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón*” (Sal. 26:2).

No se trata de que el cristiano viva una vida perfecta de fe, pues, solo Jesús lo pudo hacer. No, de la misma manera que todas las gracias espirituales, la fe está sujeta a un crecimiento y su plena madurez no se alcanza en esta vida: “*Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo...*” (2 Tes. 1:3). La fe de los santos a veces es vacilante, tal como se evidenció en algunas ocasiones en Abraham, Moisés, Elías o los apóstoles. Nosotros todavía estamos en este cuerpo de muerte y los razonamientos de la incredulidad siempre están dispuestos para afectarnos (a menos que sean sometidos por la gracia divina) con el fin de oponerse a los actos de la fe. Así que con este estudio no estamos tratando de llevar a los creyentes a pensar que por sí mismos pueden llegar a tener una fe perfecta, ya sea en su crecimiento, en su constancia o en sus logros. Más bien debemos buscar la ayuda divina y asegurarnos de que sí tenemos la fe que

es superior a aquella que solo se obtiene a través de la mera instrucción religiosa, aquella fe que se sobrepone a la incredulidad que todavía acompaña a nuestra carne, aquella fe que produce abundantes frutos para la gloria de Dios.

En los versos 11 y 12 nuestro autor sagrado sigue hablando de Abraham como ejemplo de fe, pero en conexión con su esposa, Sara, la cual también de esta fe perseverante. Como dice Manton “Observa la bendición que es cuando el esposo y la esposa son compañeros en la fe, cuando ambos, en el mismo yugo dibujan el mismo camino. Abraham es el padre de los fieles, y Sara es recomendada entre los creyentes, como siendo compañera en las mismas promesas, en los mismos problemas y pruebas. Lo mismo se dice de Zacarías y Elizabet *“Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”* (Lc. 1:6). Es un estímulo poderoso cuando el compañero permanente de nuestras vidas es también un compañero en la misma fe. Esto debería dirigirnos en al asunto de la elección: no puede ser una ayuda idónea la mujer que es contraria a nuestra fe, pues, la verdadera religión decae en las familias, más que nada, por falta de cuidado de ambos”².

“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aún fuera del tiempo de la edad porque creyó que era fiel quien lo había prometido”. (v. 11). Hay cinco cosas en las que nuestra atención debe centrarse:

1. En primer lugar, los obstáculos de su fe: la esterilidad, la vejez y la incredulidad
2. En segundo lugar, el efecto de su fe: “recibió fuerza para concebir”
3. En tercer lugar, la constancia de su fe: ella confiaba en Dios para una verdadera liberación, el nacimiento de su hijo.
4. En cuarto lugar, el fundamento de su fe: descansó sobre la veracidad de la promesa divina
5. En quinto lugar, el fruto de su fe: la numerosa posteridad que salió de su hijo Isaac

“Por la fe también Sara”, no hay razón alguna para pensar, como lo han sugerido algunos comentaristas, que aquí se habla solamente de la fe de Abraham, pues, la misma frase que

² Traducido y adaptado de Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Estraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_062.htm En: Julio 08 de 2011.

se ha usado para referirse a la fe de Abel, Enoc o Noé se utiliza para referirse específicamente a Sara. Es muy probable que la palabra “*también*” se haya introducido con un doble propósito. Primero, para contrarrestar y corregir cualquier error que podría suponer que las mujeres estaban excluidas de las bendiciones y los privilegios de la gracia. Es cierto que en la esfera oficial Dios les ha prohibido ocupar el lugar de liderazgo o usurpar la autoridad sobre los hombres, por lo que se les manda a guardar silencio en las iglesias (1 Cor. 14:34), no se les permite enseñar a grupos donde hay hombres y mujeres (1 Tim. 2:12), y se les ordena que se sujeten a sus maridos (Ef. 5:22). Pero en la esfera espiritual desaparecen todas estas diferencias, porque “*Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*” (Gál. 3:28), y por lo tanto, el marido creyente y la esposa creyente son *coherederos de la gracia divina* (1 Ped. 3:7).

En segundo lugar, la palabra “*también*” se agregó para hacernos ver que las mujeres, como Sara, pueden ejercer la misma fe que tuvo Abraham. Sara también dejó a Ur de Caldea, ella también viajó con Abraham a Canaán y habitó con él también en tiendas de campaña. No solo eso, sino que también ella tuvo la fe personal en el Dios vivo. Y esto es así porque ella también estuvo preocupada por la revelación divina que había recibido su esposo Abraham, y ella participó de las dificultades que debieron afrontar para la realización de la promesa. La bendición de la simiente prometida fue asignada tanto a Abraham como a Sara y en consecuencia a ella se le presenta como ejemplo para la iglesia: “*Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos, como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor, de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza*” (1 Ped. 3:5-6). John Owen dijo: “Así como Abraham llegó a ser el padre de los fieles, o de la iglesia, de la misma manera Sara es madre de ella. Ella fue la mujer libre de la que nació la iglesia (Gál. 4:22-23), y todas las mujeres que creen son sus hijas (1 Ped. 3:6)”³.

³ Traducido y adaptado de Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Estraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_062.htm En: Julio 08 de 2011.

“Por la fe también la misma Sara... recibió fuerza”. No fue solamente por la fe de su marido que recibió bendición, sino que ella misma ejerció la fe y recibió fuerza, y esto a pesar de los reales y formidables obstáculos que se levantaban en contra del ejercicio de la fe. Estos obstáculos, como hemos señalado, eran tres: en primer lugar, ella no había tenido hijos en sus años de juventud. Génesis 11:30 nos dice “*Más Sara era estéril...*”, y Génesis 16:1 “*Sarai, mujer de Abram no le daba hijos...*”. En segundo lugar, Sara ya se encontraba en la vejez, en una edad en la cual no es posible tener hijos, porque como dice Génesis 17:17 “*¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?*”. En tercer lugar, la incredulidad que se interponía para creer en la promesa, pues, la incredulidad carnal le persuadía de que en tales condiciones físicas le era imposible a una mujer anciana tener un hijo, y mucho menos un hijo saludable, pues, los científicos nos dicen que los hijos nacidos de padres con avanzada edad pueden traer muchas malformaciones. En Génesis 18 vemos cómo Sara, al escuchar las palabras de los ángeles que prometen a Abraham tener un hijo a través de ella, se ríe a causa de la incredulidad: “*Y le dijeron (los ángeles): ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Aquí en la tienda. Entonces dijo: De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Y Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres. Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?*” (Gén. 18:9-12).

La risa de Sara fue de duda y desconfianza. Ella dijo: “*He envejecido*”, además el Señor la reprendió por su incredulidad: “*Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿porqué se ha reído Sara diciendo. Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo*” (Gén. 18:13-14). Cuando Sara se vio descubierta por el ojo escrutador de Dios “*negó diciendo: No me reí, porque tuvo miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído*” (18:15). Siempre lo incorrecto conduce a la vergüenza, pero se añade más vergüenza cuando negamos lo que hemos hecho. Es un pecado dar paso a la incredulidad, pero se añade iniquidad cuando tratamos de cubrirla con una mentira.

Aunque Sara tuvo brotes de incredulidad, momentáneamente, no obstante, cuando leemos Hebreos 11 y Génesis 18, nos damos cuenta que después que el Señor reprendió la incredulidad de Sara, y ella se dio cuenta de que la promesa provenía directamente de Dios, su fe se puso en ejercicio y no dudó más, sino que creyó. Debido a que su risa llegó desde la debilidad, más no del consciente desprecio a la Palabra de Dios, el Señor no la hirió a ella, como si hizo con la incredulidad de Zacarías el padre de Juan el Bautista: *“Y ahora quedarás mudo, y no podrás hablar, hasta el día en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo”* (Luc. 1:20).

Muchas son las lecciones que se pueden aprender de este incidente. Muchas veces la palabra no surte efecto inmediatamente. No lo hizo en el caso de Sara, a pesar de que creyó después, se echó a reír en un primer momento. Solo cuando la promesa divina fue repetida su fe comenzó a actuar. Padres cristianos que están desalentados por la falta de éxito en su labor, o predicadores que no pueden ver los frutos de su trabajo, deben poner su corazón en esta verdad. Una vez más, vemos aquí que antes que la fe se establezca firmemente, a menudo hay conflictos que enfrentar: *“¿Será cierto que he de dar a luz siendo vieja? – la razón se opuso a la promesa. Así como cuando se enciende un fuego, el humo se ve antes que la llama, de la misma manera, antes de que el corazón se base en la Palabra de Dios, por lo general hay duda y miedo.*

En los dos pasajes que estamos estudiando en Hebreos vemos, una vez más, cómo la gracia de Dios oculta los defectos de sus hijos: No se dice nada de la mentira de Rahab la ramera (11:31), de la impaciencia de Job (Stg. 5:11), ni aquí se menciona la risa de incredulidad de Sara.

Veamos lo que aquí se atribuye a la fe de Sara: *“recibió fuerza para concebir”*. Obtuvo lo que antes no estaba en ella. Su naturaleza fue restaurada para llevar a cabo las funciones normales de la procreación. Su vientre muerto fue vivificado sobrenaturalmente. En respuesta a su fe, el Omnipotente hizo en Sara lo que había hecho a Abraham en respuesta a su confianza en Él: *“(Te he puesto por padre de muchas gentes), delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. El creyó*

en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho. Así será tu descendencia” (Ro. 4:17).

Todas las cosas son posibles para Dios (Mr. 10:27), si, y también es cierto que *“al que cree todo lo es posible”* (Mr. 9:23). El incidente de Sara es una bendita y poderosa ilustración de cómo esta verdad es una realidad para el creyente. Que este ejemplo motive a nuestros corazones para que oremos insistentemente pidiendo a Dios que aumente nuestra fe. Lo que más glorifica a Dios es que lo miremos a él con plena confianza para que él trabaje a través de nosotros y haga producir los frutos que nuestra naturaleza humana, por sí misma, no puede dar.

“Y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad”. Sara dio a luz un hijo, por la fe. De la misma manera que como recibió la promesa, como recibió fuerzas para mantenerse en ella, así vio su cumplimiento, a través de la fe. La verdadera fe no solo se apropia de la promesa, sino que sigue descansando en la misma, hasta que cree haberla alcanzado. Este principio se enuncia en Hebreos 3.14 y Hebreos 10:35 *“Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”* *“No perdáis, pues, vuestra confianza”*. Muchos se esfuerzan por echar mano de una promesa divina, pero en el intervalo de la espera y de las pruebas de la fe, renuncian a ella. Por eso Cristo dijo: *“...si tuviereis fe, y no dudareis, no solo haréis esto...”* (Mt. 21:21). No debemos darle cabida a la duda, ni cuando se recibe la promesa, ni en el tiempo de espera.

“Y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad”. Esta cláusula se añade con el fin de mostrar el gran milagro que Dios tan generosamente hizo en respuesta a la fe de Sara. ¡Qué grande es la gloria de su poder! Y se ha escrito para nuestro aliento. Nos muestra que ninguna dificultad u obstáculo puede causar la incredulidad frente a la promesa. Dios no está atado a las leyes de la naturaleza, ni limitado por ninguna causa secundaria. Que su

Su Palabra es superior a la naturaleza. Él sacó agua de una roca, hizo flotar un hacha de hierro (2 Rey. 6:6). Estas cosas deberían llamar la atención de los cristianos, para que

aprendamos a esperar en Dios con plena confianza, inconmovibles frente a las situaciones extremas. Para el mayor de los problemas e impedimentos, entonces se requiere una mayor fe. El corazón del creyente dice: este es un momento adecuado para la fe, ahora que todas las fuerzas de la criatura se han acabado es una gran oportunidad para contar con Dios, para que él muestre su poder. Dios hizo lo que no podía ser, Él hizo que una mujer de noventa años tuviera un hijo, una cosa totalmente contraria a la naturaleza, y entonces, con seguridad, puedo esperar que él hará maravillas para mí también.

“porque creyó que era fiel quien lo había prometido”. Aquí está el secreto de todo el asunto. Aquí estaba la base de la confianza de Sara, la base sobre la que descansaba su fe. La promesa del Señor no se veía a través de la niebla de obstáculos, pero ella veía los obstáculos y las dificultades a través de la clara luz de las promesas de Dios.

El acto que aquí se le atribuye a Sara es *creer, dar por contado* que Dios es fiel; ella tenía en alta estima la reputación de Dios. Dios le había dicho y ella había oído, a pesar de que todo indicaba lo imposible que era el cumplimiento de la promesa, ella creyó firmemente. Debemos tener en cuenta que la fe de Sara fue más allá de la promesa; mientras su mente estaba fija en la cosa prometida, a ella le parecía completamente increíble e imposible, pero cuando su pensamiento dejó de enfocarse en las causas secundarias, y los fijó en Dios, ya las dificultades no le molestaban: su corazón reposaba en Dios. Por medio de la constante meditación en el carácter de Dios la fe es alimentada y fortalecida para esperar la bendición a pesar de todas las aparentes dificultades e imposibilidades. Solo cuando el corazón mira las perfecciones de Dios la fe puede prevalecer.

Si queremos tener una expectativa segura de poder disfrutar de las promesas divinas, entonces nuestro corazón debe descansar sobre la veracidad, la inmutabilidad y la omnipotencia de Dios. El objeto primordial de la fe no es la cosa prometida, sino Dios mismo, sus perfecciones, su verdad, su fidelidad. El hombre cuya mente permanece centrada en Dios es el que goza de la verdadera paz: *“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”* (Is. 26:3). El que contempla con gozo a Dios, es guardado de la duda y la vacilación, de manera que se mantiene plenamente confiado en las promesas divinas.

“Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar” (Heb. 11:12). En este verso vemos que, aunque el autor sagrado incluye a Sara también como poseedora de verdadera fe, no obstante, el tema principal que viene desarrollando, es la fe de Abraham. A pesar de todos los obstáculos y dificultades que, en apariencia, eran impedimento para el cumplimiento de la promesa dada a Abraham, de que sería padre de una numerosa nación; por medio de la fe, pudieron ver lo que sería el inicio del cumplimiento de esta promesa, pues, a través del hijo nacido de dos padres que, por la edad avanzada en la que se encontraban, tenían muertas sus facultades reproductivas, surgiría una nación que llegó a ser muy grande en número. Pero lo más importante es que, por la fe que estaba en Abraham y Sara, Dios trajo al Cristo, al Mesías, a Jesús, quien, en la carne, es descendiente del hijo nacido en la vejez, es decir, de Isaac.

Ahora, en las Sagradas Escrituras muchas veces se utilizan hipérboles, con el fin de enfatizar alguna verdad. En este caso el autor usa una hipérbole cuando dice: “salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar”. Lo cierto es que la descendencia de Abraham, por la línea de la fe, no solo incluye a los judíos creyentes, sino a todos los que, a través de la fe en Cristo, somos constituidos hijos de Abraham: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gal. 3:29). “Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham” (Gál. 3:7).

Al final, cuando entremos al estado eterno de gloria, Dios reunirá a todos los que han tenido la fe perseverante que caracterizó a Abraham, los cuales son “una multitud, la cual nadie contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas...” (Ap. 7:9) y éstos, teniendo la misma fe, fueron considerados hijos de Abraham. ¿Quién puede calcular los frutos de la fe? ¿Quién puede decir cuántas vidas pueden verse afectadas benéficamente, en las próximas generaciones, a través de nuestra fe en la actualidad? Pensar en estas cosas es maravilloso y debiera conducirnos a llorar y clamar con insistencia “Señor, aumenta nuestra fe” para la alabanza de la gloria de tu gracia. Amén.

Aplicaciones:

- El ejemplo de Sara, quien recibió fuerzas físicas a través de la fe, forma parte de las Sagradas Escrituras para nuestra instrucción y aliento. La fe trabajó produciendo vigor en el cuerpo desgastado de Sara. ¿No está escrito “*Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán*” (Is. 40:31)? ¿Crees tú esto? ¿Estamos actuando como si lo creyéramos? Muchas veces los ministros nos sentimos agotados por el mucho trabajo, preparar predicaciones y estudios bíblicos, atender a los hermanos en consejería, organizar las actividades de la iglesia, estar con la familia, entre otras ocupaciones, pero cuando sentimos que ya no podremos continuar más, la fuerza del Señor nos alienta. Hermanos, es posible que ustedes se hayan sentido agotados, tanto física como emocionalmente, frente a las muchas dificultades que trae la vida, y en ocasiones has pensado claudicar, abandonar todo esfuerzo y hundirte en la desesperación, pero recuerda que Sara, a través de la fe, recibió las fuerzas que su cuerpo y alma necesitaba. Si Dios ha prometido suplir toda nuestra necesidad (Fil. 4:19) ¿Por qué entonces no habremos de esperar y fortalecernos en él? Hermanos, “... *el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera*” (1 Tim. 4:8). La piedad es rentable tanto para el cuerpo como para el alma. A pesar de que reprobamos lo que hoy día se llama “la sanidad por fe”, es decir, la doctrina que algunos enseñan respecto a que los cristianos no deben acudir a la ciencia médica debido a que confían en Dios para una curación sobrenatural, sin embargo, tampoco estamos de acuerdo con aquellos que desdeñan a los que buscan a Dios para que supla sus necesidades físicas. En el capítulo 11 de Hebreos también se habla de los que “*sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batalla*” (v. 34). Dice el comentarista bautista Arthur Pink que “es muy triste ver a muchos de los queridos hijos de Dios que viven muy por debajo de sus privilegios. Es cierto que muchos se encuentran bajo la mano castigadora de Dios, pero esto no debería ser

así. Debe buscarse la causa, debemos apartarnos del mal, confesar el pecado, buscar con diligencia la restauración espiritual y la temporal”⁴.

- Pero las aplicaciones no solo deben relacionarse con el cuerpo físico, pues, aunque esta debe ser la primera aplicación, no obstante, también hay una aplicación más alta y relevante para el alma, para lo espiritual: Más de un cristiano experimenta cansancio y debilidad espiritual, lo cual es común, de vez en cuando, pero es necesario echar mano de las fuerzas del Señor con toda diligencia, como si pudiéramos arrebatar las fuerzas del Señor (Is. 27:5). En últimas, no es más que la falta de fe lo que permite a la “carne” impedir que crezcamos espiritualmente y se produzcan los frutos de la santidad evangélica. No te desespere por tu fragilidad personal, o las debilidades que traes contigo, sigue adelante en la fuerza de Dios, fortalécete en fe, recuerda lo que te ordena la Palabra de Dios: “...*hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*” (Ef. 6:10). Escucha la promesa divina, y convierte esto en un motivo de oración, en fe: “*Y aunque tu principio haya sido pequeño, tu postrer estado será muy grande*” (Job. 8:7). Es posible que usted diga: “Ah, pero esa experiencia no es para mí, yo soy tan indigno, tan indefenso, me siento sin vida y apático a las cosas espirituales. Pero no olvides que eso también sucedió con Sara. Sin embargo, por la fe, ella recibió fuerzas. Y, querido amigo, la fe no se ocupa de uno mismo, o no mira a sí mismo, sino que la fe se ocupa de Dios. Abraham no ejerció su fe “*para considerar su propio cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara*” (Ro. 4:19). Cada uno de ellos miró hacia otro, fuera de sí mismo, y contaban con que Dios obraría un milagro, y Dios no les falló. Él se ha comprometido a honrar a aquellos que le honran (1 Sam. 2:30), de manera que estos honores prometidos deben ser un motivo de plena confianza. Él siempre responde a la fe. No hay razón para seguir siendo débiles y apáticos. Es cierto que sin Cristo no puedes hacer nada, pero hay una infinita plenitud en él que usted puede aprovechar (Jn. 1:16). Que a partir de hoy tu actitud sea: “*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*” (Fil. 4:13). Recuerda que puedes

⁴ Traducido y adaptado de Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Estraído de:
http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_062.htm En: Julio 08 de 2011.

contar con Él: *“Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús”* (2 Tim. 2:1).